

# INTRODUCCIÓN

## PARTE 0: De Asís a Tarija

### San Francisco de Asís y los Franciscanos

A fines del año de 1181, o en los primeros meses de 1182, nacía Francisco en Asís, hijo de Pedro Bernardone y de doña Pica. El hijo y la madre, por el bautismo, se llamaban Juan y Juana. Los nombres de Francisco y Pica fueron apodos de simpatía que pasaron también a las escrituras públicas. El cambio se debió, seguramente, a los orígenes franceses de ella. Pedro Bernardone, padre y marido, fue quien trasladó el amor que sentía a su familia hacia el contexto social. Sin embargo, la relación materna fue la que embellecería más el destino del hijo. Pedro Bernardone, un exitoso mercader entre Asís y Francia, era también personaje de una burguesía incipiente. En Francisco buscaba al heredero de sus riquezas, facilitándole lo que él no había tenido: educación y honores de nobleza. Francisco era un joven alegre, estudió las primeras letras con los sacerdotes del templo de San Jorge y ayudaba al padre en el comercio de textiles. Cantaba en latín, francés y romance; y era poeta, autor del “Cántico de las criaturas” que es uno de los primeros documentos de la poesía italiana. Fue también caballero en la defensa de las libertades de Asís.

Persistieron siempre en Francisco el espíritu artístico y las manifestaciones espontáneas de los sentimientos; lo que cambió radicalmente en él fue el horizonte de sus compromisos de caballería. Andando en opuestos proyectos de vida, guiado por sueños que interpretaba como manifestaciones de los designios de Dios, renunció a cualquier forma de éxito terrenal. Del 1202 al 1206, fueron años de reflexión. Su decisión definitiva brotó cuando, habiendo encontrado a un leproso, bajó del corcel y le ofreció el beso de paz. Fue la transformación de su vida. Él mismo relató así en su retrospectiva biográfica: “El Señor me concedió a mí, hermano Francisco, el comenzar de este modo a hacer penitencia; pues cuando estaba en pecados, me era muy amargo el ver a los leprosos; pero el Señor me llevó entre ellos, y yo los traté con misericordia. Y al apartarme de ellos, lo que antes me parecía amargo, se me cambió en dulzura del alma y del cuerpo. Y poco después me aparté del siglo.”

Decidió vivir en pobreza, y cuando le faltaba el sustento diario, recurría a la “mesa del Señor”, o sea a vivir de la caridad de los pobladores de Asís. Pedía de limosna, ladrillos para la reconstrucción de la capilla de San Damián, situada en los extramuros de la ciudad. Trabajó con sus manos y al terminarla, el crucifijo (en la literatura: El crucifijo de San Damián) le mostró que estaba llamado a la “construcción de la Iglesia”. Los planes y modalidad de vida de San Francisco chocaron manifiestamente con las expectativas de Pedro Bernardone, que al mismo tiempo perdía al heredero y recibía la



El Obispo de Asís cubre con su manto la desnudez de S. Francisco.  
Giacomo Oddi di Perugia,  
*La Franceschina*, Assisi, 1981.

humillación de un hijo mendigo. Para cambiar el rumbo de su vida, lo llevó a juicio delante del obispo de Asís. En el acto, Francisco renunció a toda riqueza paterna y devolvió a Pedro Bernardone hasta los paños que vestía. El manto del obispo cubrió su desnudez. El gesto, más que reacción contra el padre, fue demostración de su decisión definitiva de asumir un proyecto de vida canalizado hacia lo espiritual, la contemplación, la predicación del Evangelio y la caridad.

El camino iniciado por Francisco, era también revolucionario en la tradición de la Iglesia. Lo presentó en los siguientes términos: “La regla y vida de los frailes menores es ésta: observar el santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, viviendo en obediencia, sin nada propio y en castidad”. La aceptación radical de la vida de los pobres estaba indicada en la misma denominación de “Frailes Menores”, que dio a la orden que fundaba. Los “Menores” se contraponían, en la organización de la ciudad medieval, a los “Mayores”, que eran las personas de reconocida significación política, económica y social. En consecuencia, Francisco y sus discípulos vivían en chozas improvisadas o pequeñas casas en las afueras de la ciudad, escondidas entre la naturaleza. A estos aspectos innovadores, se agregaron otros: rechazar cualquier tipo de propiedad personal y comunitaria, vivir del propio trabajo, pedir limosna en caso de necesidad, ser itinerantes y misioneros, él mismo intentó inútilmente llegar a Francia y Marruecos. En 1219, estuvo en Palestina, habló a los cruzados cristianos y al propio Sultán Melk-el-Kamer sin obtener resultado en contra de la lógica de las armas.

Con el aumento de los frailes, el gobierno de la orden quedó confiado a asambleas generales, que se celebraban cada año en Asís, el día de Pentecostés. En 1220, renunció al cargo de ministro general, asumiendo una total obediencia a sus sucesores. Su vida será predicar, soportar la enfermedad de los ojos y



S. Francisco recibe los estigmas en el  
Monte Alverna.  
Giacomo Oddi di Perugia,  
*La Franceschina*, Assisi, 1980.

orar. Murió el 3 de octubre de 1226 en la Porciúncula, que había llamado Santa María de los Ángeles y fue la cuna de la orden franciscana. La familia espiritual, que dejaba, se componía de la orden de los Hermanos Menores (primera orden), las Damas Pobres o Hermanas Clarisas (segunda orden) y de los Hermanos y Hermanas de la Penitencia (Tercera Orden Franciscana T.O.F.) para los laicos que vivían el ideal de Francisco en sus domicilios. En 1228, el 16 de julio, el papa Gregorio IX lo declaró Santo y lo presentó al culto público para toda la Iglesia. La literatura lo definió *alter Christus* por su similitud con la vida del Salvador, confirmada con los estigmas de la pasión que recibió en su cuerpo, la noche entre el 14 y el 15 de septiembre de 1224, en el Monte Alverna.


Las vivencias de San Francisco, en su imitación de Jesús de Nazaret, las encontramos claramente delineadas en sus escritos; repartidos éstos en textos legislativos (normatividad de vida, dada a la orden de los Menores), textos espirituales (conjunto de cartas y admoniciones, para las ocasiones más diversas) y textos poéticos (salmos, oraciones e himnos de alabanza). Sobre todo en éstos resulta firme y atenta al perdón, la personalidad del Santo. En Francisco se vislumbró un humanismo, que no era reflejo de un ingenuo naturalismo sino la profunda comprensión de la actividad del hombre, como ser débil y plasmado de lo sobrenatural, por lo que la lucha entre imperfección y perfección era (y es) la lucha terrenal de todo cristiano. Así lo interpretaron sus biógrafos. Tomás de Celano, en 1229 terminaba la *Vida Primera*, en 1247 otra, titulada *Vida Segunda*, que no contradecía lo afirmado anteriormente. La biografía más importante fue la que escribió San Buenaventura en 1266, denominada *Leyenda Mayor*. Sin embargo, frente a la polifacética figura de Francisco, surgieron otras interpretaciones que querían fundamentar aspectos no señalados sobre el Santo. Por eso las biografías, en cierta forma oficiali-



Monte Alverna: xilografía de Pietro Parigi.



zadas por las autoridades eclesiásticas y de la orden, se complementaron con otras, menos preocupadas de la cronología histórica y más dirigidas a expresar el ideal franciscano. Las unas y las otras se compusieron a partir de florilegios, orales o escritos, que tenían origen en los primeros compañeros de San Francisco; entre los segundos, se anotan especialmente *Espejo de Perfección*, *Leyenda de los tres compañeros* y *Floreçillas*.

 Pintura, arquitectura y literatura expresaron inmediatamente el carisma de San Francisco. Las interpretaciones describieron los aspectos más sobresalientes de su personalidad: ser del pueblo, vida evangélica, pobreza, similitud a Cristo, hombre de iglesia y dimensión ecológica frente a la naturaleza. Las representaciones resultaron innovadoras en la totalidad de las artes, y de manera especial en la pintura, literatura y arquitectura. En ellas aparecía la esencialidad de su vida, desnuda de cosas materiales y transparente de espiritualidad. El universo cultural italiano y de toda Europa, impuso con fuerza su original modo de vida. La literatura, especialmente la franciscana no oficializada, popularizó el don de Francisco, engrandeciéndolo frente a cualquier realización espiritual y terrenal, por lo cual se generalizó la pregunta: ¿cómo habría actuado San Francisco ahora y en estas circunstancias? Tal forma de proceder se volvió razón dialéctica frente a cualquier decisión. La comprensión de Francisco, desde el deseo de imitación, desencadenó esfuerzos de seguimiento entre los discípulos y hermanos de la orden de los Menores. El asumir múltiples actividades, la cantidad de los frailes que se esparcieron rápidamente en toda Europa, las exigencias de las grandes comunidades, que incluían muchas acciones ministeriales, así como la necesidad de una cierta uniformidad y la dedicación al estudio, hicieron surgir otra oposición: París (los hermanos dedicados al estudio) pudo haber anulado a Asís (las vivencias franciscanas más cercanas al modelo popular).

En la normativa, dejada por el fundador, ya estaban presentes dos modos de vida: el de las comunidades y el de los eremitorios. San Francisco los propuso como alternativos entre sí, sin separaciones y según la decisión de cada fraile. La opción de los eremitorios significaba vida en lugares solitarios, absoluta pobreza y contemplación. Evidentemente, esta última mantuvo más similitud con las acciones que vivió San Francisco. Él realizaba momentos de retiro en los tiempos de preparación de las grandes festividades de la Fe. La separación, entre las dos formas, se hizo presente inmediatamente después de la muerte del fundador, transformándose en corriente de legitimidad respecto a la perenne pregunta ¿qué habría hecho San Francisco? El punto de diver-



Los Mártires de Marruecos.  
Giacomo Oddi di Perugia,  
*La Franceschina*, Assisi, 1981.



gencia era el concepto y realidad de la situación de pobreza de los frailes. Se deberá recordar que de la experiencia de Asís se apropiaron papas y emperadores, lo que amplió solidaridades a favor y en contra. Las discrepancias se discutieron desde las alturas académicas hasta los niveles más elementales y cotidianos, ensanchando bases de acción e insertando en la sociedad medieval procesos de cambios sociales, culturales y religiosos.

En las ciudades de la Edad Media, lo religioso y cultural se centraban en el monasterio, como experiencia espiritual claustral, y en la catedral que unía a las corporaciones de trabajo. El convento se introducirá entre las dos entidades y plasmará el saber popular. La adopción de la lengua vulgar con respecto al latín, el lanzamiento del arte pictórico y de los grandes vitrales, que en secuencia continua representaban los misterios de la Fe, desarrollaron una nueva inteligencia de las situaciones sociales y antropológicas. Así, la arquitectura de los templos franciscanos rompió separaciones, uniendo misterios litúrgicos y pueblo en una sola línea mística de destino común.

Entre incertidumbres y luchas, la corriente humanística lograba su máxima expresión con los grandes escritores y predicadores del 1400. Ellos fueron, al mismo tiempo, los guías de la parte que se definía de los observantes, que unía otros grupos internos a la orden, más decididos por la austeridad y un régimen de pobreza absoluta. La contraposición se presentaba con los hermanos definidos conventuales, marcados por los grandes conventos y los permisos papales de retener propiedades. Lo difícil de la vida franciscana era compatibilizar la situación de pobreza y las grandes casas para los estudios. Dos resultados siempre presentes se contraponían: excelencia en las ciencias y permanencia fija, pobreza y espíritu misionero.

S. Francisco bendice Asís antes de su muerte.  
Giacomo Oddi di Perugia,  
*La Franceschina*, Assisi, 1981.






El cuerpo de S. Francisco trasladado a San Damiano para la veneración de las hermanas clarisas.  
Giacomo Oddi di Perugia,  
*La Franceschina*, Assisi, 1981.

La unidad de la corriente de los observantes en España se logró con las *Constituciones [Estatutos Generales] de Barcelona* en el año de 1451, que llevaron a la separación definitiva entre las dos ramas en 1517. Corrientemente, los historiadores se refieren a estos acontecimientos con un cierto dramatismo, buscando los elementos que hubieran traicionado el mandato de San Francisco. El problema residía en el gran número de hermanos, en la transformación de la vida de Francisco en términos de ideales de perfección humana, espiritual y en su carisma que escapaba a toda normatividad. A las transformaciones institucionales de la orden de los Frailes Menores correspondió otra historia, más amplia y posiblemente más conocida mundialmente. Aquí cabe la pregunta: ¿cuál la distancia entre ésta y lo vivido por Francisco? La síntesis de unidad y diversidad que vino después, se denominó

movimiento franciscano o franciscanismo, por su conexión directa o indirecta con la intuición primigenia del Santo. El mismo Francisco, al novicio que quería imitarlo en todo, le contestó que él, Francisco, estaba “loco”. La presentación de su persona en estos términos era una evocación de la expresión del apóstol San Pablo, que definió como “locura” a su predicación del escándalo de la Cruz, frente a la sabiduría de los judíos y griegos. En su respuesta, muy directa por cierto, a aquel novicio, San Francisco subrayaba lo específico de la dimensión personal y la enseñanza que no se debía imitarlo, sino seguir el camino señalado a cada cristiano, para la aventura que nos pone en el destino de Jesús de Nazaret.

Lo que hemos indicado como otra historia no es historia paralela a San Francisco. Surgió de él mismo y los franciscanos la perpetuaron a través de los años y los siglos. Ya en vida, le permitió a San Antonio la enseñanza, a condición de no sacrificar el espíritu de oración. Envió también misioneros a Tierra Santa y a Marruecos. Lo que seguramente no habría aprobado era la adquisición de poderes y privilegios dentro de la vida fraterna. Asimismo, Francisco se dedicó a la predicación y a la atención de los leprosos.

Los estudios y el desempeño de la cátedra en las más importantes universidades significaron el gran éxito de los inicios del franciscanismo; mientras, al mismo tiempo, la presencia de los frailes se extendía rápidamente desde Tierra Santa al mundo musulmán de África del Norte y, en 1200-1300, los misioneros franciscanos llegaron hasta la China. Los teólogos y escritores expresaron en toda Europa el sentir popular de la vida, traduciendo en imágenes teatrales los textos sagrados. Este conjunto de actividades formó parte de la transformación de la civilización de la Edad Media hacia el Humanismo y Renacimiento. La caridad tuvo su máxima expresión en la lucha contra la usura mediante la creación de los bancos que se denominaron los Montes de Piedad. Fue un actuar con idealismo y casi siempre desde los subterráneos de la historia.

 La sucesión de las reformas franciscanas han estado siempre dictadas por la “pasión” de plasmar los ideales del Santo de Asís; “pasión” que se traducía en aspectos ascéticos, teológicos, apologeticos y jurídicos. Ellos mostraban, por tanto, una identidad que se movía según los conflictos de sus tiempos. En estos últimos, las luchas internas pasaban de asuntos de vida religiosa a dimensión política o de relaciones de poder entre los estamentos sociales. Así, los años desde 1274 a 1337 estuvieron marcados por las vicisitudes del movimiento de los frailes espirituales, que presentaban un proyecto de vida muy radical. Según ellos, la dimensión de la pobreza de vida debía asimilarse a la de Jesús de Nazaret y de sus apóstoles. Los conflictos que surgieron (discutidos hasta en las grandes universidades) acusaban directa e indirectamente a una parte de la vida eclesial de la época, lo que provocó la intervención de las autoridades papales y civiles. Los hermanos fueron encarcelados casi en su totalidad, otros emigraron a Grecia y algunos sufrieron la pena de muerte, equiparados a la situación de los herejes.

Otro rumbo siguió la reforma de los observantes que, desde el 1451, canalizaba las fuerzas más en sintonía con las tradiciones vivas de la orden. Para mantener la unidad en la diversidad, asumieron una nueva forma de gobierno. La cabeza de la orden era el ministro general con dos vicarios, que representaban a los hermanos llamados cismontanos con relación a los Alpes: Italia, Balcanes y Oriente, y “ultramontanos”, con residencia en el norte de Europa hasta Portugal. El ministro general era escogido en sucesión alterna entre ambos.



Convento de La Rábida.





España, por tanto, quedó incluida en el régimen de la unión de Provincias de observantes ultramontanos y pudo usufructuar plenamente del Siglo de Oro de sus letras. La efervescencia espiritual empujó a nuevas reformas, que los observantes lograron integrar nombrando representantes en el consejo general. Vinieron los descalzos, nominados luego alcantarinos por el carisma de San Pedro de Alcántara, los recoletos en el área ultramontana y los reformados y capuchinos en Italia. Todos ellos con tendencias a la vida eremítica. El ministro general, que supo evitar sinsabores, fue el español Francisco de Ángelis Quiñónez, que gobernó entre 1523 y 1529; no pudo, sin embargo, evitar la separación de los capuchinos.

### Franciscanos en Latinoamérica

*Mare magnum est inter nos* (un mar grande se extiende entre nosotros). De esta manera los hermanos del nuevo continente se expresaban con relación a los de Europa. El adjetivo “grande” indicaba no sólo inmensidad, sino a la vez, incertidumbre. Seguramente, más que medida de espacios, el dicho reflejaba aspectos psicológicos de ir “mar adentro”. La gran hazaña fue realizada por Cristóbal Colón, que desde España se lanzó hacia lo desconocido. Según testimonio del Almirante, los planes de su osadía los había manifestado anteriormente a dos franciscanos: fray Juan Pérez y fray Antonio de Marchena del Convento de la Rábida. ¿Dónde los dos frailes encontraron



tanta seguridad para interceder después, a favor de Colón ante los reyes católicos, Isabel y Fernando? Admitida una cierta preparación científica, una explicación más podemos encontrarla en la historia misional de la orden. Ya se habían realizado los largos viajes a China, Rusia, Tierra Santa y las Islas Canarias. Tierra y mar eran seguramente parte de la memoria, que iba de convento en convento.

El Convento de la Rábida integraba la línea de los observantes que vivían una efervescencia espiritual y apostólica. Así que las varias experiencias, dentro y fuera del Mediterráneo, se incluían en su historia. Tierra Santa y las Canarias eran en el siglo XV los dos polos de una presencia consolidada de la orden. El *mare magnum* estaba en cierta manera ya surcado y la lejanía del centro del gobierno central en Roma se organizó con modelos jurídicos especiales. Si bien anclados en la Provincia de Siria, los conventos del Santo Sepulcro, Belén y Cenáculo se relacionaban directamente con el ministro general; y el superior de ellos, con el título de guardián del Monte Sión, los gobernaba en forma autónoma respecto al resto de la provincia. Y como custodios de los Santos lugares más importantes de la cristiandad, ellos usufructuaban de la protección de los reyes aragoneses de Nápoles; protección que solventaba las dificultades de las relaciones con el mundo musulmán y, por tanto, dimensión diplomática entre Estados. La misma situación jurídica se vivía en las Canarias. ¿Anticipación del futuro patronato español en Latinoamérica? La respuesta positiva vale para decir que los frailes de la

Guamán Poma de Ayala F., *El primer nueva corónica y buen gobierno*, México, 1980.

Carta cosmográfica de Petrus Apianus, 1551, en *Die Historischen Karten Zur Entdeckung Amerikas*, 1991.

Rábida estaban al tanto de las nuevas circunstancias y de cómo avanzar, etapa tras etapa, en el universo del ocaso del siglo XV; así que tales perspectivas favorecieron la credibilidad de sus palabras ante los reyes Isabel y Fernando. Sin embargo, ningún religioso acompañó a Colón en el primer viaje. Podía tratarse de un viaje de valor científico-cosmográfico específico, y el compromiso era personal; el objetivo: ir a las Indias y, su novedad, surcar aguas que no fueran las de las costas de África.

Los religiosos vinieron con Colón en su segundo viaje. Con el delegado pontificio Bernardo Boyl, llegaron dos franciscanos belgas que se establecieron en la actual República Dominicana, y convivieron con los indios macoriges, cerca de la ciudad de La Vega. Estos hermanos volvieron a España y regresaron con otros cuatro. En 1502, llegó otro contingente de 12 con proyecto de organización eclesial y franciscana; así, en 1505 se creaba la Provincia de la Santa Cruz de las Indias, que comprendía el territorio entonces conocido.

Entre 1505 y 1524, arribó un centenar de franciscanos. Sus conventos eran de madera, con espacio para pocas personas; más tarde se darán los grandes con-





ventos que serán puntos de apoyo para otros destinos. Se pasó sucesivamente a Jamaica, Venezuela; y, en 1531, se establecieron en Santiago de Cuba. En 1519, habían ido con las huestes de Hernán Cortés y, en 1523, estaban allí, en plan de evangelización, los hermanos fray Juan de Techo, fray Juan de Agora y fray Pedro de Gante. El primero, graduado en la universidad de París, y el último, de la casa imperial de Carlos V y experto en artes, implantaron una verdadera metodología misional sobre las bases de las culturas tradicionales mexicanas. A ellos se unió, en 1524, la genialidad de los “doce apóstoles”, que incluía teólogos, maestros de letras, doctores en leyes y predicadores. En sucesión continua, se crearon nuevas identidades franciscanas: Provincia del Santo Evangelio de México (1535), Provincia de San José de Yucatán (1559), Provincia del Nombre de Jesús de Guatemala (1565), Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán (1565), Provincia de San Jorge de Nicaragua (1575), Provincia de San Diego de México (1599), Provincia de San Francisco de Zacatecas (1603), Provincia de Santiago de Jalisco (1606) y Provincia de Santa Elena de Florida (1611).



En 1525, desde Panamá, bajaban Francisco Pizarro y Diego de Almagro hasta el Ecuador. El año de 1531 retornaban, ya en plan de conquista, por un doble camino de mar y tierra. Se internaron hacia Cajamarca, donde el Inca Atahualpa caía en sus manos (1532) y fue sacrificado el 26 de julio de 1533. Dos hermanos aparecen en circunstancias tan fatales: fray Juan de Soto y fray Marcos de Niza que llegaron desde Santo Domingo. Juan de Soto había sido capellán de Pizarro en su viaje de supervisión; fray Marcos de Niza en 1531 se movía a fin de organizar la acción franciscana. Seguramente por sus responsabilidades de gobierno retornó prestamente a los territorios del Caribe. Llegó hasta Nicaragua, de donde volvió a Quito con el lugarteniente Sebastián de Benalcázar. Quito (1534) y Lima (ésta fundada en 1535) eran los dos extremos de presencia franciscana. En dichas ciudades y en el Cuzco (1534), recibieron solares para sus conventos. En las tres ciudades se concretó mayor comparecencia, con la llegada de más personal en 1535. A pesar que la mayoría de los hermanos vivían en Quito, la Custodia se creó con el nombre de San Francisco del Perú con sede en Lima.

A pesar de las incertidumbres del comienzo, Lima será la madre del franciscanismo en la América meridional y declarada, por el capítulo general de Salamanca, Provincia de los Doce Apóstoles en 1553, en la que estaba incluida también Charcas (hoy Bolivia) con conventos en Chuquisaca (1540), Potosí (1547) y La Paz (1549). El capítulo general de Valladolid (1565) transformó las Custodias en Provincias: Provincia de San Francisco de Quito, Provincia de San Antonio de los Charcas, Provincia de la Santísima Trinidad de Chile; asimismo la de Santa Fe de Bogotá. Podemos pensar que México, Centro América, Venezuela y otras regiones, al finalizar el siglo XVI e inicios del XVII, tenían estabilidad de organización y trabajo misional específico.



El contexto socio-cultural y territorial atrasó la consolidación franciscana en Paraguay y Argentina. Buenos Aires (primera fundación en 1536) y Asunción (1537) nacieron en la vertiente atlántica, conectada por aguas con España. Sin embargo, era un camino fragmentado. El tratado de Tordesillas (1494), realizado entre los reyes de España y Portugal bajo la autoridad del papa Alejandro VI, dividió lo desconocido del Nuevo Mundo. Los dos Estados eran potencias marinas y desde las informaciones de Colón, que visitó a los reyes en Lisboa a su retorno del segundo viaje en 1493, eran

Primeras rutas franciscanas en América.  
 Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos  
 años de presencia evangelizadora*,  
 México, 1993.



previsibles realidades mucho más amplias de las conocidas por él. El acuerdo, seguramente, salvaguardó al continente de contiendas más crueles, que habrían involucrado también a los pueblos nativos. Sin embargo, el tratado dificultó una geografía más apropiada a las tradiciones ancestrales de las diferentes naciones, y la vía atlántica quedó separada por el Brasil. Además, se trataba de configuraciones sociales discontinuas sin poder central fuerte y extenso. Así podemos explicar la incertidumbre de los nuevos asentamientos.

España se esforzaba en establecer una coordinación entre el Pacífico y el Atlántico, y por tal razón, era necesario encontrar caminos de conexión con el Perú. En esa perspectiva, se dieron las “entradas” a Charcas desde el Paraguay, realizadas por Domingo Martínez de Irala y Ñuflo de Chávez. Por el Pilcomayo llegaron a las tierras de Tarija en los años 1543-1546 (antes de su fundación como villa hispana). Retomaron viaje hacia el norte en 1548, llegando primero a la región de Chiquitos. Visitaron La Plata (Chuquisaca) y

Potosí, y finalmente arribaron a Lima. Ñuflo de Chávez volvió por el mismo camino y, el 1 de agosto de 1559, fundó la ciudad de Nueva Asunción (la Barranca), que sería después Santa Cruz de la Sierra. A las divergencias con Andrés Manso, que desde el Perú había entrado en las tierras de los guaraníes cerca del río Parapetí (allí fundó la Nueva Rioja), se agregaron las dificultades de enfrentar sociedades de espacios abiertos y separados entre sí, y el afán de unir los territorios hispanos. Manso morirá a manos de los guaraníes cerca de 1564 y Ñuflo de Chávez victimado por los itatines (chiquitos) en 1568. Con tales derrotas, la vía atlántica hacia Asunción perdió importancia; y la conexión más favorecida fue directamente con Buenos Aires, reconstruida en 1580 por presiones desde Charcas.

Los franciscanos llegaron a Asunción en 1538. No fueron más que tres frailes con el proyecto de formar la Custodia del Nombre de Jesús en unión con Buenos Aires. Una carta del P. Armentia dirigida al rey el 10 de octubre de 1544, mediante la cual pedía el nombramiento de un obispo “que sea protector, que ampare y defienda a los indios de los muchos agravios que les son hechos y se les hacen”, fue interceptada en Asunción, y los hermanos, expulsados de aquellos territorios por el Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Sin embargo, el primer obispo de Asunción (1556), fray Pedro Fernández de la Torre, franciscano, encontró a dos de ellos. La consolidación de la presencia de los frailes menores también cobró vigencia en la trayectoria de Perú-Buenos Aires. En 1566 se creaba la Custodia de San Jorge del Tucumán y en 1580 se les asignó un solar en la reconstrucción de Buenos Aires. Con misiones, que llegaron por la ruta atlántica y también desde el Pacífico, se concretó una coordinación de conventos: Salta (1582), Corrientes (1588), La Rioja (1591) y Jujuy (1593). En 1597, se separó la Custodia del Paraguay de la del Tucumán y en 1612 se volvió a unirlas con el título de Provincia de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María de La Plata y Tucumán. Dos frailes quedaron ejemplares en tales dificultades: el P. Francisco Solano en las regiones del Tucumán y el P. Luis Bolaños, que fue el fundador del sistema de las reducciones en el Paraguay.

El origen peruano correspondió también a Chile. Se debe subrayar que sus territorios eran parte de la diócesis de Chuquisaca (Charcas). A pesar de los inconvenientes de asentamiento por las reacciones de los nativos a la conquista hispana, el hecho nuclear franciscano fue elevado a título de Provincia de la Santísima Trinidad de Chile en 1565.

### **Constantes de vida franciscana**

Los franciscanos, como orden religiosa que llegaba a Latinoamérica, tenían una legislación que salvaguardaba el principio de unidad de vida entre los hermanos. A los compañeros de San Francisco les era suficiente el programa de vida que el santo había definido para ellos. Sin embargo, cuando la orden se multiplicó en toda Europa y Oriente, se necesitó una dimensión de gobernabilidad común, que tomara en cuenta las circunstancias históricas y culturales de los diferentes pueblos de inserción; y asimismo, el ciclo de desarrollo de las diversas entidades. Por eso desde el núcleo originario-jurídico, centrado en la vida de fraternidad, se pasó a un “cuerpo de leyes”, que complementaban aquel escrito inicial. Nacieron así las Constituciones, que evidentemente fueron siempre sometidas a la fidelidad de los ideales de San Francisco y que armonizaban situaciones antiguas y modernas. Esa misma fidelidad incluía un programa continuo de mantenimiento del espíritu del



fundador entre lo universal y lo local. Por tal equilibrio, surgió la secuencia de reformas y, frente a la novedad latinoamericana, otras innovaciones más. El camino y conclusión de propuestas terminaban en el capítulo general, que era la entidad máxima de la legitimación jurídica. Otra instancia era el contexto de la Provincia, que representaba lo local como unión de varios conventos y casas, en los que el órgano de decisiones era el capítulo provincial. Las decisiones de las provincias, por su validez, debían ser aprobadas por el definitorio general.



A los observantes “ultramontanos” les tocó vivir en situación imperial con su centro en España, por lo cual fueron privilegiados en las relaciones con Latinoamérica. Sin embargo, para facilitar “idas y vueltas”, era necesaria una infraestructura específica. Inicialmente, existió el comisario general de Indias con sede en Sevilla, quien se trasladó después a la corte de Madrid, dejando allí un vice-comisario. Incluso, fue necesario crear una centralidad de armonía en Latinoamérica, que recibía hermanos de diferentes regiones de España y de otros países europeos, con el nombramiento de comisarios generales con sede en Lima y México. La entidad fundamental residía siempre en la Provincia, que incluía un territorio definido con conventos y doctrinas asignadas. Las Custodias eran núcleos iniciales que, ligados a una Provincia, recibían de la misma la legitimidad de sus decisiones. El convento era el espacio de la fraternidad, mientras que las doctrinas eran lugares de trabajo entre indígenas que, identificándose como acción eclesial propia, eran gobernadas como parroquias de indios.

La estructura de autoridad, desde lo más alto a lo más elemental, configuraba un modelo igual: ministro general y su definitorio, ministro provincial y su definitorio y guardián con definitorio conventual. Se establecía, por tanto, una interconexión entre lo local e internacional y viceversa. Además, para cada Provincia estaban previstas casas de estudio y noviciado. Con la creación de los Colegios de Propaganda Fide se dieron realidades más específicas y autónomas, separadas del universo provincial y con obediencias apostólicas directas a la curia romana y al centro de la orden. Nosotros la asumimos como reforma del régimen misional. Diferentes en sus características jurídicas eran las Recoletas, que reunían frailes de estricta observancia, más dedicados a la oración y de espíritu eremítico.

Una institución del todo civil, si bien aceptada por la Iglesia, era el Patronato Regio. Concebido para favorecer circunstancias de evangelización, se volvió posteriormente control de la Iglesia en una no discreta unión de actividad religiosa y estatal.

El alma de la espiritualidad latinoamericana está saturada de visión teológica, ascética y espiritual de franciscanismo. El libro de Morales Francisco y otros, *Franciscanos en América: quinientos años de presencia evangelizadora*, (México, 1993), trata de las vicisitudes del comienzo y desarrollo de la acción de los hermanos. Incluye cuadros estadísticos elaborados con datos del archivo de Sevilla, acerca de la venida de misioneros desde Europa. Los transcribimos a continuación según las agrupaciones regionales indicadas por los autores.

En el citado libro del P. Francisco Morales se analiza y describe el actuar de los franciscanos en el nuevo contexto, según las diferentes regiones. La acción más sobresaliente empezó en México y quedó como modelo para las demás entidades. En cada una encontraron culturas y organizaciones sociales totalmente diferentes de las europeas. El modelo misionero incluía el estudio

<b>Año</b>	<b>Expedición</b>	<b>Religiosos</b>
1492	1	5
1500-9	4	32
1510-5	6	42
1520-4	5	23
1530-46	6	51
1550-71	6	64
1575-88	6	90
1652	1	11
	<b>35</b>	<b>318</b>

## Antillas:

Llegadas de franciscanos 1492-1652.  
Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos años de presencia evangelizadora*,  
México, 1993.

<b>Año</b>	<b>Expedición</b>	<b>Religiosos</b>
1524-34	8	100
1535-45	16	154
1546-55	11	185
1557-66	13	101
1569-78	14	313
1579-88	14	109
1593-1600	9	133
1601-10	15	162
1612-19	7	77
1624-31	8	78
1634-46	8	133
1653-62	7	68
1665-73	9	171
1678-87	9	222
1689-98	7	189
1699-1708	7	131
1714-23	8	114
1724-35	7	118
1741-50	12	163
1751-63	7	115
1767-75	8	172
1777-86	10	226
1789-89	19	232
1800-09	14	129
1810-19	17	164
1820-22	7	17
	<b>271</b>	<b>3867</b>

## Nueva España:

Llegadas de franciscanos 1524-1822. Ib.

Florida:  
Llegadas de franciscanos 1527-1802.  
Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos  
años de presencia evangelizadora*,  
México, 1993.

Año	Expedición	Religiosos
1527-39	2	5
1574	1	18
1584-96	5	49
1605-26	8	8
1631-58	6	108
1673-96	4	79
1719-96	7	79
1800-02	2	42
	<b>35</b>	<b>464</b>

Guatemala:  
Llegadas de franciscanos 1539-1818. Ib.

Año	Expedición	Religiosos
1539	2	21
1548	1	13
1560-77	3	51
1580-4	3	64
1593-9	3	65
1603-16	4	78
1659-71	3	32
1678-83	3	58
1708-12	2	37
1741-55	5	62
1766-89	4	82
1803-18	5	49
	<b>30</b>	<b>612</b>

Colombia:  
Llegadas de franciscanos 1552-1783. Ib.

Año	Expedición	Religiosos
1552-65	3	27
1569-77	4	65
1581-9	2	20
1594-7	3	52
1604-19	6	38
1672	1	10
1755-83	3	39
	<b>22</b>	<b>251</b>





Año	Expedición	Religiosos
1513	1	12
1514	1	3
1517	1	15
1520	1	20
1543	1	7
1545	1	6
1569	1	6
1576-94	4	44
1601-20	6	77
1633-40	2	21
1656-78	5	61
1684-98	4	63
1704	4	25
1731-53	3	72
1769	1	42
1784-08	4	70
1803-04	2	55
	<b>42</b>	<b>599</b>

Provincias franciscanas de la Nueva España.  
 Morales Franciso,  
*Franciscanos en América: quinientos años de presencia evangelizadora*,  
 México, 1993.

Venezuela:  
 Llegadas de franciscanos 1513-1804. Ib.

Bolivia:  
Llegadas de franciscanos 1674-1820.  
Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos  
años de presencia evangelizadora*,  
México, 1993.

Año	Expedición	Religiosos
1674	1	?
1695	1	14
1770	1	?
1771-96	7	123
1803-20	7	45
	<b>17</b>	<b>182</b>

Chile:  
Llegadas de franciscanos 1560-1817. Ib.

Año	Expedición	Religiosos
1560-96	5	56
1608	1	11
1627	1	11
1698	1	?
1764-93	5	149
1804-17	4	42
	<b>17</b>	<b>269</b>

Perú:  
Llegadas de franciscanos 1527-1820. Ib.

Año	Expedición	Religiosos
1527	1	2
1533	1	3
1541-51	9	169
1555-65	6	120
1569-79	3	118
1584-96	7	54
1627-39	2	7
1664	1	1
1674	1	67
1730-7	2	34
1752-62	3	81
1767-78	3	87
1780-7	3	112
1796	4	60
1802-4	4	58
1814-20	8	64
	<b>60</b>	<b>1042</b>

Año	Expedición	Religiosos
1582-4	2	40
1584	1	19
1601	1	18
1627	1	9
1672	1	21
1690	1	17
1742	1	10
1789-93	4	65
	<b>12</b>	<b>199</b>

Ecuador:

Llegadas de franciscanos 1582-1793.  
Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos años de presencia evangelizadora*,  
México, 1993.

Año	Expedición	Religiosos
1538-95	8	121
1601-13	3	42
1636	1	?
1672-85	3	53
1729-70	3	44
1785-1810	3	47
	<b>21</b>	<b>307</b>

Cuenca del Plata:

Llegadas de franciscanos 1538-1810. Ib.

de las lenguas nativas y de ahí la comprensión de las vivencias indígenas. El paso a la conversión requería también una institucionalidad eclesial apropiada a la feligresía del lugar. Y estuvo además siempre presente la problemática de las relaciones entre Colonia y Pueblos Nativos.

Sobre la base de la escuela, la liturgia, la catequesis y la convivencia, los franciscanos impulsaron textos antropológicos, teológicos, devocionarios y artísticos, desde la perspectiva de la mentalidad popular, que cambió a medida que la dimensión latinoamericana iba imponiéndose. Asimismo la vida conventual, marcada por un cierto rigorismo, estaba abierta a las situaciones de los pobres y a la evangelización. Con la necesidad de casas de estudio, noviciados y residencias centrales, se pasó a la construcción de los grandes complejos conventuales. Sin embargo, a pesar de ser casas de hermanos, o más precisamente por serlo, éstas fueron siempre grandes representaciones arquitectónicas de sus quehaceres apostólicos, litúrgicos, catequísticos y de contacto con los necesitados; sobre todo el templo desplegó dimensiones de pueblo y expresiones artísticas de destino: la pintura como biblia de los pobres (San Ambrosio).

### Apóstoles en el Nuevo Mundo

Dos fuentes son fundamentales para entender la vida inicial de las entidades franciscanas en Latinoamérica, y particularmente en las de Bolivia y el Perú

de hoy. Responden a las crónicas de fray Diego de Córdoba Salinas, *Crónica franciscana de las Provincias del Perú -1651-*, (Washington D.C., 1957) y de fray Diego de Mendoza, *Crónica de la Provincia de San Antonio de los Charcas -1663-*, (La Paz, 1976). Podemos entender que, después de más de un siglo del inicio de la actividad franciscana en Perú y Charcas, por la dificultad de las comunicaciones, algunos datos resultaran incorrectos en aquellas páginas. Este trabajo de precisiones y correcciones fue desvelo de otros autores ejemplares como científicos. Nos referimos primero al estudio de fray Antonio Tibesar, *Comienzos de los franciscanos en el Perú*, (Iquitos, 1991) y a las notas de pie de página del P. Canedo en la edición crítica de la crónica del P. Córdoba. Otros libros tratan sobre la acción franciscana y la Iglesia en general: Pedro Borges, *Métodos misionales en la cristianización de América, siglo XVI*, (Madrid, 1960) y Mariano Errasti, *América franciscana*, (Tomos I y II, Santiago, 1986 y 1990) y el texto en colaboración de Francisco Morales, *Franciscanos en América: quinientos años de presencia evangelizadora*, (México, 1993). Como historia de Provincia, señalamos la obra del P. Luis Olivares, *La Provincia Franciscana de Chile de 1553 a 1700 y la defensa que hizo de los Indios*, (Santiago, 1961). Brillantes colecciones de análisis institucional sobre la actuación franciscana en Perú han sido publicadas en la última década por los PP. Félix Sáiz y Julián Heras. Con el propósito de sacar a la luz crónicas misionales antiguas del archivo conventual de San Francisco, los hermanos de Tarija, desde 1981 vienen conformando una colección de textos, que abarcan la actividad del que fue Colegio de Propaganda Fide de Nuestra Señora de Santa María de los Ángeles en los años 1755-1918. Los varios autores indican innumerables fuentes manuscritas y editadas, lo que justifica la expresión del P. Julián Heras: “La evangelización de América fue una obra de tan vastas dimensiones que su estudio tardará aún mucho tiempo en agotarse” (“Prólogo” en P. Félix Sáiz, *Los Colegios de Propaganda Fide en Hispanoamérica*, Lima, 1992).

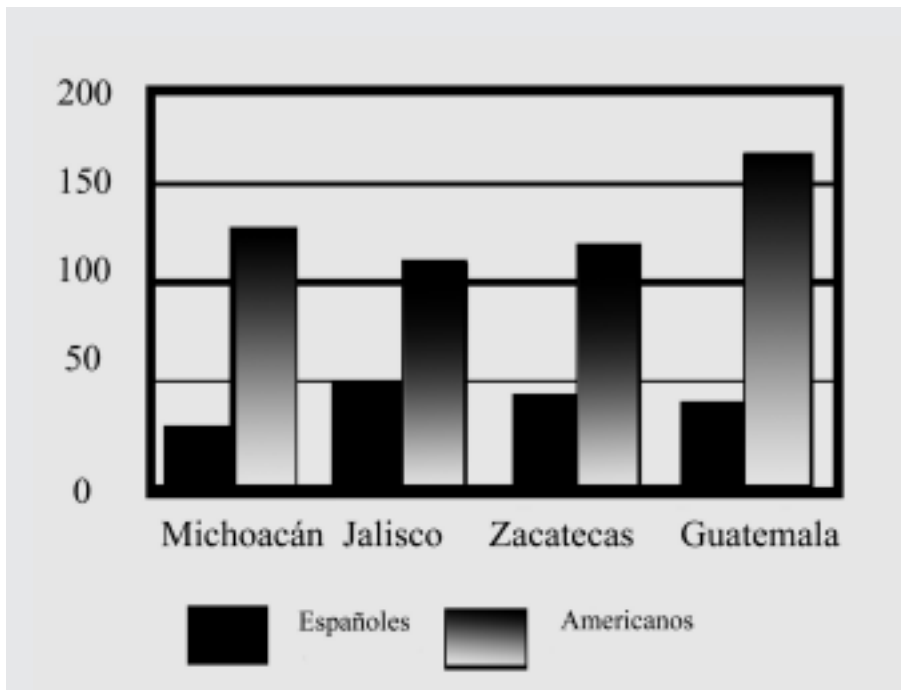
El propósito de la presente edición es, en cierta forma, diferente de las anotadas, por una razón especial: publicamos una selección de documentos del archivo de San Francisco de Tarija (A.F.T.), que reflejan tomas de decisiones, pleitos, relatos de acontecimientos, informes, situaciones políticas, económicas, cartas de los hermanos a los superiores y viceversa. Por tanto, no se trata de una relación continuada de hechos, que implicaría una interpretación que “racionalice”, en su sentido amplio, contenidos historiográficos. Lo que nos asimila y nos diferencia de la “crónica” de autoría individual, es que los documentos de un archivo conventual, vislumbran normalmente un mismo autor institucional que, sin embargo, en la diversidad de la vida, recoge un espectro de quehaceres que lo superan en sus características de acción (intervenciones del Estado Colonial, nacional y local, grupos de presión que golpean a sus puertas, realidades económicas, que engrandecen o mortifican sus objetivos, etc.). De ese modo se aleja necesariamente una hipótesis general del círculo de interpretaciones. Además, un frente a frente con el archivo, adquiere otro valor, en cuanto está normado como “espacio secreto”, a consultarse con permiso de los superiores; así es que escritos, en favor y en contra, entran con igual voluntad.



A la conclusión de la fatiga de la presente edición, podemos afirmar que los contenidos y metodologías de la presencia franciscana se esparcieron en forma casi homogénea en todo el continente americano. Esto puede esclarecerse con el protagonismo que asumieron algunos hermanos con escritos y actividades diferentes. Ciertos autores de corriente histórica



Frtales españoles y americanos  
segunda mitad del siglo XVII.  
Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos  
años de presencia evangelizadora*,  
México, 1993.



laicista los consideran eslabones separados, olvidando que la dimensión institucional era interdisciplinaria y, por tanto, de diversas luces, si bien coloreadas sobre un fondo de blanco y negro. Leeremos en tal sentido las crónicas de fray Diego de Córdoba y de fray Diego de Mendoza, que reflejan la institucionalidad franciscana al siglo y medio de historia colonial de Bolivia y el Perú. Las dos fueron editadas con aprobación de los superiores, lo que les agrega, precisamente, características de institucionalidad. Aclaremos que la crónica de fray Mingo de la Concepción, *Historia de las misiones franciscanas de Tarija entre chiriguanos -1791-*, no se publicó por la censura del disretorio del Colegio de Propaganda Fide que quería un escrito agresivo contra las autoridades coloniales y le contrapuso el manuscrito (entonces por terminarse) del P. Antonio Comajuncosa, que llevaba el título de *Manifiesto histórico, geográfico, topográfico, apostólico y político de lo que han trabajado, entre fieles e infieles los misioneros franciscanos de Tarija, 1754-1810*.

Las crónicas de Córdoba y Mendoza se escribieron actualizando la norma que San Francisco dio a sus hermanos de religión: “vivir el santo Evangelio... en obediencia, sin nada propio y en castidad”. De la connotación evangélica emanaba la apropiación de la identidad de ser apóstoles en el Nuevo Mundo. Las circunstancias daban para tal interpretación respecto al anuncio del mensaje de Jesús, establecer ocasiones de conversión e insertarse en un contexto de formación de Iglesia. Los dos escritos son definidos por otros autores como “crónicas conventuales”, aduciendo al mismo tiempo que es escaso su aporte histórico, en cuanto a redacción de los acontecimientos que formaron a Latinoamérica. La perspectiva de nuestro trabajo, al contrario, los asume tales y cuales, como sustento principal de aquella formación.

Pedro Borges atribuye a los escritos religiosos del inicio colonial, la característica de estar redactados según el espíritu de *Los Hechos de los Apóstoles*, en los que se relata la constitución de la Iglesia “hasta los confines de la tierra” (Hch, 1.9), que entonces se identificaba con los límites del imperio romano. Aquéllos fueron sobrepasados y se había logrado una mayor “gloria” de Dios. Dos imágenes conectan lo antiguo con lo nuevo. Córdoba, interpre-



tando la vida de San Francisco Solano, confirma así su santidad: “Las cuatro cosas propias a los apóstoles y varones apostólicos, que son: peregrinaciones, trabajos, conversiones y milagros, las tuvo el apostólico P. Solano, en excelente grado, obrando para este último grandes milagros y maravillas”. Mendoza, por su parte, representa las diferencias como el multiplicarse de ramas de un único árbol: “Las ramas, si no quedan en el árbol y viven de su virtud no hacen sombra, no le hermean con hojas vistiéndole, no le adornan de flores, ni propagan a la raíz, natural feudo de fruto, no merecen llamarse suyas. Poco importaría a la Provincia de San Antonio de los Charcas ser fértil rama del tronco ilustre de la Religión Seráfica, plantado en el Paraíso de la Iglesia, cuyos renuevos se han dilatado por todas partes del mundo: sino atendiese a estar siempre radicada en el Apostólico árbol de su Evangélico origen; fructificando en este nuevo Orbe, regulares observancias

Principales centros franciscanos en el sur del Continente, hoy Argentina.  
Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos años de presencia evangelizadora*,  
México, 1993.



Presencia franciscana en el Sur del Continente, hoy Chile.  
 Morales Francisco,  
*Franciscanos en América: quinientos años de presencia evangelizadora*,  
 México, 1993.

de pobreza Evangélica, en que tiene vinculado todo el mayorazgo Apostólico nuestra Seráfica Familia. El más seguro caudal de nuestra Católica Iglesia es éste, con que adelanta por todo el mundo las tremolantes banderas de nuestra Santa Fe y de los Católicos Reyes de Castilla, firmísima áncora, que en medio de las turbaciones de estas nuevas conquistas, les asegura la fidelidad más firme, que cupo en pecho del más leal vasallo”.

Las expresiones de “tremolantes banderas de nuestra Santa Fe”, “turbaciones de estas nuevas conquistas” y la otra, que cierra el capítulo III, de la “insaciable codicia de los primeros conquistadores” de la crónica de Mendoza, perfilan el contexto socio-económico y político de la colonia. Ambos autores empiezan sus escritos con páginas de un resumen histórico, basado en las más conocidas descripciones militares de la conquista, en

las que interpretan que, más allá de vencidos y vencedores, ha nacido Latinoamérica. No se evalúan actores sino se esclarecen las mediaciones que se deben asumir a fin de que la presencia evangélica y la institución Iglesia se afirme. Sólo ésta es la que puede denunciar las realidades violentas. Se justifica la autoridad de los reyes de España como legitimadora institucional y también como defensa de posibles dificultades: enemigos cercanos y lejanos, corsarios, incursiones inglesas y portuguesas. Por tanto, resultaba ventajoso un régimen de unidad para la comunicación y las “peregrinaciones” apostólicas. Reflexionando sobre el sentido de “cristiandad”, podríamos juzgarlo menos grave del absolutismo estatal de los países protestantes y católicos europeos. Un rey más allá del mar era, necesariamente, planificador y juez, considerando que instituciones científicas, jurídicas e intelectuales estaban en suelo latinoamericano. Aquí, como en España, se debatieron por cien años, problemas que enjuiciaban la misma presencia hispana y daba perspectiva de modalidades de relaciones entre los diferentes pueblos. En estos debates se configuró el nacimiento del derecho internacional. Lewis Hanke describe uno y otro aspecto en su libro: *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, (Madrid, 1959).

En tal contexto entraba el Patronato, como conexión de las legitimidades política y religiosa, en la persona del rey y del papa. Sin embargo, el gobierno eclesial salvaguardaba la razón teológica actuando con las instancias más profundas de su ser, a través de los Concilios y Sínodos. Enrique Dussel en su *Historia de la Iglesia en América Latina: Coloniaje y liberación, 1492-1973*, (Barcelona, 1974, págs. 106-107) ofrece la siguiente sucesión:

El mismo autor prosigue: “Algunos de los Sínodos diocesanos del siglo XVI y comienzos del XVII fueron: el primero de los que debemos nombrar es el que realizó Juan del Valle -aquel valiente lascasiano- el Popayán I (1555) y el Popayán II (1558); Juan de los Barrios reunió el Santa Fe I (1556), Luis Zapata Cárdenas el Santa Fe II (1576), y Lobo Guerrero el III (1606); Pedro de Peña el Quito I (1570). Y después se reunieron: el Quito II (1594), los de Lima a partir del Lima I (1582), el Imperial I (1584), el Yucatán I (1585), el Santiago de Chile I (1586), los Tucumán I (1597), II (1606), III (1607), el de Coro I (1609), Santiago de Chile II (1612), Puerto Rico II (1624), Concepción II (1625), Trujillo I (1623), Santiago de Chile III (1626), Guamanga I (1629), Comayagua I (1631), etc.”.

Dussel encuentra las raíces de la debilidad de la Iglesia frente a las ideologías de la liberación en nuestro siglo, precisamente en el contexto de cristiandad colonial, estableciendo una correlación entre el Estado Colonial y el andar de la Iglesia. Distanciándonos de este paradigma, nosotros asumimos que no fue el régimen hispano quien desvirtuó a la acción de la Iglesia sino el Estado Republicano que la debilitó en sus quehaceres apostólicos y la redujo a situación “testimonial”. ¿El por qué? La lucha contra ella le quitó dimensiones de libertad. El concepto de Estado (Estado fuerte), que desconectó las relaciones lejanas (rey y papa), la dejó al arbitrio de las pasiones cercanas.

Si tales fueron las fuerzas políticas de incontables poderes, la visión franciscana puso otras raíces, que definimos de cultura y religiosidad popular. En las páginas de Córdoba se siente el palpitar de Latinoamérica. Él era natural de Lima, nacido en 1591. A los 21 años fue sacerdote franciscano, asumiendo cargos que manifestaban actitudes de espiritualidad: maestro de novicios, guardián del Convento de San Francisco de Lima y cronista de la orden. Después de haber relatado la formación civil y franciscana, pasaba a la presentación de innumerables biografías que son florilegio de virtudes. Lima,



Año	Sede	Número	Nombre del Metropolitano
1551-1552	Lima	I	Jerónimo de Loaysa
1551-1553	México	I	Alonso de Montúfar
1555	México	II	Alonso de Montúfar
1565	Lima	II	Jerónimo de Loaysa
1567-1568	Lima	III	Toribio de Mogrovejo
1582-1583-1585	México	III	Pedro de Contreras
1591	Lima	IV	Toribio de Mogrovejo
1601	Lima	V	Toribio de Mogrovejo
1622-1625	Santo Domingo	I	Pedro de Oviedo
1625	Santa Fe	I	Hernando Arias de Ugarte
1629	La Plata	I	Hernando Arias de Ugarte
1771	México	IV	Francisco de Lorenzana
1772	Lima	VI	Diego de Parada
1774	La Plata	II	Pedro Argandoña
1774	Santa Fe	II	Agustín Camacho y Rojas

Concilios provinciales de la Cristiandad de India.

Enrique Dussel, *Historia de la Iglesia en América Latina: colonización y liberación 1492-1973-*, Barcelona, 1974.

con sus numerosos religiosos, preclaros personajes e instituciones intelectuales es comparada con Roma. La misma denominación de “Provincia de los Doce Apóstoles” la privilegió como a cabeza del Nuevo Mundo. Después de la descripción de Lima, siguen otras biografías de frailes, que embellecen la vida de la Provincia en cuanto seguidores de los que la fundaron.

El convento es ciudadela de vida apostólica que tiene su centro en el templo. Entre sus muros, que abrazan una huerta grande, se desarrollan estudios, oraciones, contactos con los pobres, trabajos manuales y es centro de actividades que aglutinan a sus alrededores. Así, predicadores, hermanos, que viven en las doctrinas de indios y de la mendicidad, crean una línea de “salidas y retornos” que marcan un continuo encuentro entre convento y ciudad. Su arte y arquitectura litúrgica reflejan y expanden el misterio cristiano. Sus santos varones brillan por el conocimiento de las artes, estudios de las lenguas nativas, redacción de catecismos y afán de teatralizar los misterios de la fe. La red de los conventos se ensancha desde Lima a Charcas, no sólo de varones sino también de las hermanas clarisas, con sus monasterios centrales en las ciudades, asimismo la acción de los hermanos de la Tercera Orden.

Cobrando Charcas una relativa autonomía respecto a Lima, con la creación de la Audiencia, el cronista de las realidades franciscanas es Diego de Mendoza. Según Josep M. Barnadas, (*Diccionario Histórico de Bolivia*, Sucre, 2002) no hay evidencia si era toledano o cuzqueño; estuvo en Lima entre los años 1603-1607. Vivió en los conventos de Potosí, La Paz y Cuzco. Parece que su escrito mantiene viva una competencia con Córdoba: mostrar que aquellas virtudes subsistían también en el Alto Perú. Cabeza de la Provincia es el Cuzco, centro de una red de conventos: Arequipa, Urubamba, Callao, Arica, Chuquisaca (1540), Potosí (1547), La Paz (1549), Mizque (1581), Pocona (1577), Cochabamba (1581), Oruro (1606) y Tarija (1606). Fundada como Provincia, desligándola de Lima en 1565, volvió a unirse en 1574. En 1637 retornó nuevamente a su autonomía jurídica, asumiendo los pasos de las actividades tradicionales: catequesis, predicaciones, conventos periféricos en las geografías indígenas y peregrinaciones misioneras. Su composición interna mantenía firme la presencia de las recoletas (como con-

ventos de más preclara observancia franciscana) en Cuzco (1599), Chuquisaca (1600), Tarija (1606-1618), Urubamba (1613), Arequipa (1648) y Cochabamba (1648). Dos figuras dejaron huellas de sus pasos: fray Bernardino de Cárdenas y Fray Gregorio de Bolívar.

